



Armando Rojas Guardia y el dolor trascendido

El pasado 9 de julio falleció en Caracas el poeta, ensayista y docente venezolano Armando Rojas Guardia, una de las voces fundamentales de la poesía venezolana y latinoamericana de los últimos cuarenta años.

Armando Rojas Guardia nació en Caracas en 1949, el mismo año en que su mentora, Antonia Palacios, publicaba una de las novelas más significativas de la narrativa venezolana: *Ana Isabel, una niña decente*. Su infancia discurrió entre Praga, Haití y Nicaragua, en tanto que su juventud la vivió en Bogotá, Suiza y nuevamente Nicaragua. De regreso a Caracas, se vinculó al taller literario Calicanto que dirigía Antonia Palacios en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

En 1981, Armando Rojas Guardia, Yolanda Pantin, Igor Barreto, Rafael Castillo y los hermanos Alberto y Miguel Márquez fundaron en la UCAB el grupo Tráfico, que cuestionaba la poesía precedente: «Hicieron un lúcido diagnóstico de la situación de la poesía venezolana [...]. Precisaron los nudos retóricos donde se

manifestaba el acriticismo de los herederos de los años sesenta».¹

Recibió en dos ocasiones el Premio de Poesía del Consejo Nacional de la Cultura de Venezuela (1986, 1996) y el Premio de Ensayo de la Bienal Mariano Picón Salas, en 1997.

Entre sus obras destacan *Del mismo amor ardiendo* (1979), *Yo que supe de la vieja herida* (1985), *Poemas de Quebrada de la Virgen* (1985), *Hacia la noche viva* (1989), *Antología poética* (1993), *La nada vigilante* (1994), *El esplendor y la espera* (2000), *Patria y otros poemas* (2008), *Mapa del desalojo* (2014). Su poesía aborda, en una perspectiva espiritual y filosófica, temas como la trascendencia religiosa, la sexualidad, el amor y la cotidianidad, vista esta última como un prodigio:

Amanece. Desde mi ventana, el milagro: sobre la negra musculatura del Ávila, una enorme franja dorada de cielo en medio de la cual palpita, translúcida, la brasa de Venus. Nada tengo en las palabras que pueda merecer la revelación de este prodigio insinuándose detrás del cristal hogareño.²



En 2015 fue elegido miembro número de la Academia Venezolana de la Lengua.

En su discurso de incorporación, destacó uno de los elementos característicos de la venezolanidad: un sentimiento de fracaso que tendría su génesis en la continua referencia a la gesta emancipadora, y ante el cual proponía una «racionalidad anamnética», esto es, «recordar autopedagógicamente los hitos emblemáticos que constituyen la trama de nuestra espiritualidad colectiva».³

Un tema, serenamente angustioso, de la poesía rojasiana es el clamor por la trascendencia desde la devastación del ser:

Yermo despoblado. Paladeo solo arena. Flor de cactus, el alma se abre sobre las espinas, polvorienta en el solazo.⁴

Tanta estridencia atroz es mi congoja: yo aspiraba al simple roce de tu paz, ¡Altísimo y Clemente y Bien Amado!⁵

Una joya, en este sentido, es «El acorde» (*Patria y otros poemas*, 2008), poema en el que el canto a la Virgen en un monasterio traspense de Los Andes merideños se hace de la sustancia del dolor rememorado:

Una mínima llama ante la imagen mientras queda en penumbra la capilla. Aquí están los juglares. Ahora trovan a la tersa Señora, iluminada. Más que canto: sintaxis de garúa.

¿Cómo era, Señor, la melodía, ese paso del ave, esa huella del pez?

Ven, baluceo de mi hermana arropada, diminuta. Surge, reproche del anciano (en la cama sudada del asilo) a la cruda aspereza de una silla donde yo quería sentarlo.

Duelan, lágrimas roncadas de mi padre ante la agonía de Mercedes. Vuelve a lucir, piel de durazno de aquel atardecer sobre Macuto.

—O clemens, o pia, o dulcis (las voces convergentes desempolvan

la exactitud de la inocencia).

¿Cómo era, Señor, aquel acorde?

Nana de la memoria.⁶

Concluimos esta breve semblanza de Armando Rojas diciendo que siempre hemos escuchado los mismos adjetivos para referirse a él: bondad y generosidad. Cuenta Leonardo Padrón que Rojas Guardia se confesó una vez salvado por un poema de Juan Sánchez Peláez;⁷ «humildad» sería un tercer adjetivo para referirse al maestro de poetas, pues es condición para ser salvo.

Jerónimo Alayón, escritor. Venezuela.

1. Rafael Arráiz Lucca, *El avión y la nube: Observaciones sobre poesía venezolana* (Caracas: Contraloría General de la República, 1991), 15.
2. Armando Rojas, *El esplendor y la espera: Obra poética 1979-2017* (Cuenca: Municipalidad de Cuenca, 2018), 358.
3. Armando Rojas, «Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua como individuo de número», *Prodavinci* (2016), <https://bit.ly/3hxSCba>
4. Rojas, *El esplendor*, 259.
5. *Ibid.*, 258.
6. *Ibid.* 355-356.
7. Leonardo Padrón, *Crónicas de la vigilia: Notas para una poética de los 80* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1990), 100.